

Antonio Herrera refiere que el famoso inca Yupangui estableció numerosas postas en todo el Reino, y cuando Athagualpa se fugó de la prisión en que Huáscar le encerró, ellas fueron las que inmediatamente esparcieron la noticia en toda la dilatada extensión de la comarca.

Según asegura el referido P. Acosta, Solórzano y otros historiadores, los *chasquis*, que tenía el inca para su servicio en gran número, no se limitaban á realizar puramente el servicio de comunicaciones oficiales y á llevar mandatos á los gobernadores y traer avisos de ellos á la Corte, sino que traían también encargos, caza, pescado, frutas y diversos productos que se servían frescos en la ciudad de los reyes ó que el inca quería con gran brevedad.

«Así tenía éste en el Cuzco, dice el referido P. Acosta, pescado fresco de las costas de Túmbez (con sus cien leguas) en dos días ó poco más.»

La inviolabilidad de la correspondencia era indiscutible, y como prueba de ello afirma Prescott que iba á veces cerrada y garantida con un hilo del ceñidor rojo que cubría la frente del monarca, y que se miraba con el mismo respeto y sumisión que el anillo de un déspota oriental.

En resumen: la civilización indígena primitiva tuvo una institución de correos en el nivel que exigían las necesidades y cultura de su tiempo, y por todo extremo curiosa, puesto que reunía en su rusticidad primitiva los principios fundamentales del co-

rrero moderno, rapidez en el transporte, seguridad en la transmisión, inviolabilidad de la correspondencia y economía, puesto que se distribuían los gastos entre las diversas provincias. Hasta los preliminares del bulto postal, que ha adquirido en nuestro siglo un desarrollo extraordinario, como servicio administrativo incorporado al de correos propiamente dicho, se hallan en aquellas conducciones que los *chasquis* hacían de pescado, frutas y otros objetos.

## V

Desde que se efectuaron las primeras navegaciones de los españoles hacia las costas que hoy comprende el territorio de la República, en todas las expediciones que se realizaron, ya con el propósito de hallar nuevas tierras, ya con el objeto de conquistarlas, tuvieron los correos de los españoles y de los indígenas muy particular importancia, en razón de que sirvieron para favorecer los intereses de los conquistadores y de los caciques, gobernadores y monarcas indios, según el objeto, siempre grave y urgente, con que por unos y otros se les empleaba.

Aunque es enteramente extraña al fin de nuestra obra la relación de todos los hechos y famosas aventuras que dieron por resultado la consumación de la conquista, no podemos eximirnos, por el carácter y

la materia principal que motiva nuestros estudios, de señalar algunos de los episodios más notables en que los embajadores, correos y mensajeros, tanto castellanos como indios, tuvieron especial ingerencia durante el tiempo que transcurrió desde el principio hasta el fin de las luchas emprendidas con objeto de subyugar el imperio de Moctezuma y sujetarlo al dominio de la corona de España.

Sábese, por lo que escribe el historiador soldado, que la armada de Francisco Hernández de Córdoba, salió del punto de Santiago á Ajaruco el 8 de Febrero de 1517 y se dirigió á Puerto Príncipe, en donde los armadores se proveyeron de carne, agua, leña y otras cosas para el viaje. En este lugar dijo Alaminos á Córdoba que abajo de Cuba, y hacia el Poniente, debía haber muy buenas tierras, pues esto le pareció á Don Cristóbal Colón cuando por allí navegaba, y que, por faltarle los navíos, no prosiguió aquel camino. Aceptó con positivo interés la indicación el Capitán Hernández de Córdoba, y desde luego *despachó correos á Diego Velázquez para que, en caso de descubrir nuevas tierras, tomasen posesión de ellas en su nombre como teniente de Gobernador por el rey.*

El Padre Las Casas afirma que Velázquez, luego que recibió la solicitud de esta licencia . . . . . «se la envió larga, como Francisco Hernández, que la pidió, deseaba . . . .»

Fué durante el viaje de Francisco Hernández, y

cuando tocaron sus naves en Campeche, que oyeron los españoles decir á los indios las palabras *Castilan, Castilan*, que recordadas más tarde, como se verá después, por Bernal Díaz del Castillo, originaron el encuentro de Jerónimo de Aguilar, quien tuvo parte tan importante en las aventuras de la conquista.

Terminada, como se sabe, la expedición de Francisco Hernández de Córdoba, en la que fueron capturados los indios Julián y Melchor; la presencia de éstos, la vista de los ídolos y objetos de oro llevados á Cuba y la relación de lo que los españoles habían visto, fueron motivo para apresurar la siguiente expedición de los españoles, enviada á las costas mexicanas bajo las órdenes del Capitán Juan de Grijalva. Las naves de Juan de Grijalva se hicieron definitivamente á la vela el día 1.º de Mayo de 1518.

La flotilla de Juan de Grijalva llegó el día 13 de Mayo á la bahía de la Ascensión; reconocieronla los españoles en los días inmediatos hasta el domingo 16 que la abandonaron, haciendo rumbo al Norte. Corrieron cercanos siempre á la costa, descubrieron algunos edificios y tuvieron ocasión de ver, dice un historiador, *las humaredas que los naturales hacían, avisándose la presencia de las naves . . . .* doblaron el cabo Catoche, prosiguieron su ruta á lo largo de la parte boreal de la península, rigiéronse después por la costa occidental y hallaron el día 22 unas playas de arena. Hasta el 25 arribaron á las costas de Campeche, que tanto habían buscado.

Consta, por lo que acabamos de referir, que desde la navegación de Juan de Grijalva, se tuvo conocimiento de uno de los medios de comunicación que usaron los indígenas, los cuales se valieron de este recurso (ya empleado por otros pueblos de la antigüedad en el viejo continente) para dar aviso de las novedades más importantes. Los indios empleaban las hogueras y luminarias, para avisar en aquella ocasión el arribo de gentes desconocidas á las playas de su país. Ya veremos, en el curso de nuestros apuntes, con cuánta prontitud y eficacia se transmitían en el reino de Moctezuma las noticias que, por su gravedad, debían llegar sin pérdida de tiempo á conocimiento del monarca mexicano.

Algunos días después, según refiere el historiador que nos sirve de guía en esta parte, dejaron las carabelas el río de Grijalva y descubrieron el 11 de Junio el río de Dos Bocas, al cual pusieron San Bernabé;<sup>1</sup> *veíanse sobre la costa muchas humaredas con que los naturales se comunicaban de lejos la noticia de la presencia de los extranjeros.* Siguiendo á lo largo de la costa, vieron sucesivamente el pueblo de *Aguayaluco*, al que pusieron La Rambla;<sup>2</sup> el río Fenole des-

1. Itinerario de Iarmata, pág. 295. En el Estado de Tabasco. Conserva la denominación de Dos Bocas: entrada 18° 25' 55" lat., 5° 57' 40.8" long. E. Humboldt.

2. Estas denominaciones se encuentran en Bernal Díaz, cap. XII, y no en los otros itinerarios. Aguayaluco (la verdadera ortografía Ahualolco) ó río de la Rambla, corresponde actualmente á la Barra de Santa Ana en el Estado de Tabasco. Véanse, para éste y los otros lugares, los Apuntes para la Historia de la Geografía en México. N. N. de O. y B.

pués, de San Antón;<sup>1</sup> el río Guacagualco, conocido por muy diversos y estropeados nombres;<sup>2</sup> las sierras de San Martín, cuyo nombre tomaron de un soldado San Martín, vecino de la Habana, quien las vió el primero. Sin permiso del General, Pedro de Alvarado, se metió por un río, «que en Indias se llama Papalohuna, en donde les dieron pescado los indios naturales del pueblo de Tlacotalpam; aunque el comandante le riñó, el río quedó de entonces con su nombre.»<sup>3</sup> Navegando en conserva las cuatro carabelas, vieron en la boca de un río á varios indios con grandes banderas de manta blanca, revolándolas y llamando con ellas. A la cuenta del soldado historiador, la tierra estaba sujeta á un señor poderoso, llamado Moctecuhzoma, el cual, estando informado de la primera expedición de Hernández de Córdoba, y ahora de la batalla habida en Kimpech y de que la armada venía costa á costa, había ordenado á sus gobernadores que, cuando los extranjeros por algún lugar pasasen, *ellos procurasen informarse de quiénes eran éstos y cuáles sus intenciones.* «Y lo más cierto era, según entendimos, que dicen que sus antepasa-

1. Río Fenola ó río de San Antón, corresponde al río Tonalá. Afirma Navarrete que "en las cartas del depósito hidrográfico del año 1799 se puso por equivocación *río Toneladas*, y este error, ya corregido en las posteriores, trascendió á la carta de Nueva España, publicada por el Barón de Humboldt." En efecto, en éste y en otros mapas se lee Toneladas en vez de Tonalá.

2. Verdadera escritura, Coatzacoalco. En el Estado de Veracruz. Entrada, 18° 8' 27" lat. y 4° 45' 8" long. E.

3. Río Papaloápam, de Alvarado ó del Comendador Alvarado, Estado de Veracruz, barra, 18° 45' 19" lat., 3° 46.8" long. E.

dos les habían dicho que habían de venir gentes de hacia donde sale el sol, que los habían de señorear.»<sup>1</sup> Vistas aquellas señales, dispuso Grijalva enviar en dos bateles los ballesteros y escopeteros con veinte soldados, al mando de Francisco de Montejo, los cuales fueron recibidos amigablemente bajo la sombra de unos árboles, ofreciéndoles alimentos colocados sobre unas esteras y zahumándoles á uso del país. Noticioso Grijalva de tan buen despacho, desembarcó con toda la gente; recibido con gran agasajo, dió á los naturales, de las cosas de rescate que traía, recibiendo en cambio hasta quince mil pesos de oro en diversas joyuelas de distintas hechuras. Permanecieron ahí algunos días; tomaron un indio que, después de bautizado, se llamó Francisco, y mirando que los indios no acudían con más oro, tornáronse á las carabelas para proseguir el descubrimiento. Pusieron á aquel río el nombre de Banderas.<sup>2</sup>

La noticia de la llegada de los hombres blancos y de sus batallas, en Yucatán, se divulgó rápidamente por toda la tierra firme, y propagada con igual celeridad por todo Anáhuac, llegó pronto á conocimiento de Moctecuhzoma. Acobardado el monarca y la nación tristemente trabajada por funestos presagios; vivas en la creencia general las profecías de Quetzalcoatl, sólo podían ver en las relaciones abultadas del vulgo, sobre el arribo de los españoles, la

1. Bernal Díaz. Cap. XIII. N. N. de O. y B.

2. Bernal Díaz del Castillo.

cercanía del plazo en que las monarquías iban á ser destruidas. El monarca se entregó á prácticas de sortilegio y hechicería, que en vez de sacudir el temor de sus vasallos, los sumergían en honda perturbación. Consultó á los «magos,» y como sus respuestas encerraban un sentido de terrible amenaza para el reino, se apoderó del rey profunda tristeza y encerró á los hechiceros en la cárcel.

Si la inquietud era grande en el interior de Anáhuac, mayor lo era, sin duda, en las provincias marítimas, *cuyos habitantes espían atentamente la mar, por donde esperaban la llegada de los extranjeros.* La noticia de la presencia de Grijalva en Tabasco se derramó con asombrosa rapidez, así es que apenas las naves estuvieron sobre las costas del imperio, *hacían señales con humaredas,* avisándolo á los pueblos distantes, y *numerosos correos venían á participarlo á México.*

Pocos días después de la huida de los hechiceros de la cárcel, entraron los sirvientes de Moctezuma á decirle que un hombre pedía con instancia hablarle; concedido el permiso, fué introducido á la presencia real, un macehual vestido toscamente, al cual faltaban las orejas, los pulgares de las manos y los dedos gruesos de los pies.

— «¿Qué quieres?» le preguntó el monarca. — «Soy de Mictlancuauhtla,<sup>1</sup> respondió el misterioso perso-

1. Esta población, no muy distante de la costa y de Veracruz, ha desaparecido. Se la encuentra aún, bajo el nombre estropeado de Metlangutla.

naje, y como guardadores que somos del mar, vengo á avisarte haber visto sobre las aguas un gran cerro, moviéndose de una parte á otra, sin tocar nunca en las rocas.»—«Está bien, respondió el monarca; descansa.» Y haciendo llamar á Petlacalcatl, mandó que pusiese á aquel hombre en la cárcel.

Mandó en seguida llamar al Teutlamacazqui, ordenándole partiese inmediatamente, llevando en su compañía al esclavo Cuitlapitoc, para ir á cerciorarse de si era cierta la noticia que se le acababa de comunicar, debiendo reconvenir á Pinotl, gobernador de Cuatlachtla, por el descuido en que había caído de no avisar de su parte aquel suceso. Fueron apresuradamente los mensajeros, regresando dentro de muy breves días; haciendo el acatamiento debido, dijeron á Moctecuhzoma:—«Poderoso señor, puedes matarnos y echarnos en la cárcel para que allí muramos; pero lo que te dijo el indio que tienes preso es la verdad, y haz de saber, señor, que yo mismo, por mis propios ojos, quise satisfacerme, y yo y Cuitlapitoc, tu esclavo, nos subimos en un alto árbol para considerar mejor lo que era, y has de saber que vivimos una casa en el agua, de donde salen unos hombres blancos. Blancos de rostro y manos, y tienen las barbas muy largas y pobladas, y sus vestidos son de todos colores, blancos, amarillo y colorado, verde

en el plano de Veracruz, remitido al Rey Felipe II, año 1580, por el alcalde mayor Alvaro Patiño. Entre los M.S.S. del Sr. D. Joaquín García Icazbalçeta. N. N. de O. y B.

«y azul y morado, finalmente de todos colores, y traen en sus cabezas unas coberturas redondas, y echan al agua una canoa grandecilla, y saltan en ella algunos, y lléganse á los peñascos y estánse todo el día pescando, y en anocheciendo se vuelven á su lugar y casa donde están recogidos, y esto es lo que de este caso te sabemos dar relación.»<sup>1</sup> Moctecuhzoma inclinó la cabeza sin pronunciar palabra. Después de tantas dilaciones se cumplía el plazo fatal; sonaba la hora de la destrucción. La mano puesta en la boca, el emperador quedó largo tiempo en meditación; lanzó, al volver en sí, un profundo suspiro, y ordenó le trajesen al mensajero encerrado en la cárcel; el enviado volvió á informar que el indio había desaparecido.—«Bien pensé que sería algún hechicero, exclamó, mas yo quería recompensarle.»<sup>2</sup>

Por orden del monarca fueron traídos muy secretamente á palacio dos plateros, dos lapidarios y dos oficiales de obras de pluma, y encargándoles secreto, bajo las penas más severas, les hizo construir ciertas joyas y preseas en la forma que le pareció; terminadas prontamente, recompensó á los artífices con abundante paga en mantas y comestibles. El emperador llamó de nuevo al Teutlamacazqui y á Cuitlapitoc, encargándoles fuesen al encuentro de los hombres blancos, llevando por instrucciones que el Gobernador de Cuatlachtla proveyera abundantemente de ví-

1. Durán, cap. LXIX. MS.

2. Durán, cap. LXIX.—Tezozomoc cap. CVI. MS.